





## LOS DECRETOS DE SUER Y CAPDEVILA.

Si la bondad de un gobierno en la vida práctica ha de medirse por la bondad de las disposiciones que dicta, y si la bondad de estas disposiciones es el resultado de los conocimientos que las dicta — conocimientos que sólo pueden haberse adquirido por medio de estudios profundos y detenidos, ¿por una larga y atenta práctica de los negocios administrativos? — es evidente que uno de los más graves inconvenientes que traen consigo los gobiernos que proceden de revoluciones más ó menos democráticas, es la elevación á las alturas del poder de nulidades apasionadas, que ni tienen práctica alguna de los asuntos de administración, ni han hecho sobre ellos estudios largos y profundos.

Esto es comprensible fácilmente. El hombre de revolución, por lo común, se dedica al estudio de las cuestiones abstractas de derecho, las cuales, presentadas de esta ó de aquella manera, son las que entusiasman á las muchedumbres y las lanzan á la lucha armada contra los poderes existentes. Esto es precisamente lo que anunciaba Castelar en su célebre discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes el día 8 del mes pasado. Hé aquí sus palabras:

“Cuando propagábamos y extendíamos nuestras ideas, hora era de hacer los esfuerzos imaginables para ser oradores y artistas. Entonces levan- tábamos... el ideal purismo de la libertad y la igualdad, y era hábil de los oradores, el entusiasmo. Y luego, reconociendo cuán diferentes debían ser las condiciones del hombre de Estado de las del demagogo; cuánta distancia hay entre promover una revolución, y practicar bien el gobierno de un país, agrega: “Pero hoy, señores, hoy, no inebriados con la triste realidad, no podemos tener esos transportes, debien- do contentarnos con la fría experien- cia y el tacto del hombre político.”

Pues esta experiencia, este tacto político que de la experiencia procede, es claro que no puede tenerlos el que no tiene experiencia ninguna, porque nunca ha gobernado. Y menos tendrá esa experiencia, fría que habla Castelar, que la que además de no tener experiencia ninguna, entra en las regiones del poder inflamado con el fuego de las pasiones políticas, obcecado por el fanático espíritu de sistema, y á menudo ardiente en deseos de trastorno y venganza.

Este es lo que por lo común hace que las revoluciones ocasionen trastornos y males mucho mayores que los que sus iniciadores se habían propuesto.

La casi bancarrota actual de nuestra Hacienda, el enorme aumento de ochocientos millones de pesetas en nuestra deuda nacional en el corto período que ha transcurrido desde que resonó en la bahía de Cádiz el mentido y humillante grito de “España con honra”, como España hubiese sido jamás una nación dehonrada — esos desfilamios inauditos que han traído como consecuencia precisa esa casi bancarrota, y ese pavoroso incremento en nuestra deuda nacional, ¿qué otro origen reconocen más que la supina ignorancia y absoluta ineptitud de casi todos los ministros de Hacienda que por azote de nuestra desgraciada y sorprendida patria hemos tenido dos de ellos?

Y esa situación espantosa por donde actualmente atravesamos, ¿no ha sido el resultado de la falta de experiencia, de tacto y de conocimientos, y hasta de la más completa incompetencia, en la mayor parte de los hombres que por desgracia nuestra nos han gobernado durante este período?

Al ministerio de Ultramar le llegó por desgracia su peor turno cuando entró á desempeñar el médico Suñer y Capdevila. Este señor será tal vez un buen médico; no lo sabemos; pero, ¿qué experiencia de gobierno, qué tacto político ha de tener, qué conocimientos profundos en ningún ramo de administración ha de poseer, el hombre que en pleno Parlamento se ha factado de haber pasado toda su vida en hacer la guerra á Dios y á la tísia? Si en esta ha pasado la vida el Sr. Suñer como el mismo afirma, ¿será en esto muy hábil, y el día en que tengamos que declarar la guerra á Dios ó á la tísia, ¿quién desempeñará un gran papel como general, y aun tal vez como ministro de esta guerra regular; pero el buen desempeño de la cartera de Ultramar exige otra clase de experiencia, de tacto y de conocimientos. Pues qué tan despreciables son á los ojos de ciertos gentes, las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; tan indignos somos de toda consideración los que las habita- mos, los que con nuestros constantes sudores las hemos elevado al estado envidiable en que la revolución de este tiempo las ha encontrado, y que con nuestros esfuerzos y nuestra sangre las hemos defendido de los alevés ene-

migos que han intentado arrancárselas á nuestra patria; tan insignificantes son estas islas, tan despreciables como nosotros que merezcamos que, cual *anima vilis*, se nos entregue en manos de ese desatentado médico, para que después de haber pasado su vida en hacer la guerra á Dios y á la tísia, se encuentre ahora en hacer sobre nosotros el ensayo de sus desgraciadas pócimas y de sus disparatadas operaciones?

Pues esto y no más son los mal calculados decretos expedidos por este señor durante su breve pero infame ministerio, uno referente á hacer exten- sivos á Cuba y Puerto Rico los derechos consagrados en el título 1.º de la Cons titución de 1809, y el otro mandando que se devolvieran inmediatamente á los influyentes los bienes que se les habían embargado.

Sobre este último decreto, hé aquí como se expresa un periódico de Madrid:

“Hoy, en la misma Gaceta en que aparece la noticia horrible del Sr. Ministro de Estado, relativa á que puede leerse sin sentir frío en los huesos al estudio de las cuestiones abstractas de derecho, las cuales, presentadas de esta ó de aquella manera, son las que entusiasman á las muchedumbres y las lanzan á la lucha armada contra los poderes existentes. Esto es precisamente lo que anunciaba Castelar en su célebre discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes el día 8 del mes pasado. Hé aquí sus palabras:

“Cuando propagábamos y extendíamos nuestras ideas, hora era de hacer los esfuerzos imaginables para ser oradores y artistas. Entonces levan- tábamos... el ideal purismo de la libertad y la igualdad, y era hábil de los oradores, el entusiasmo. Y luego, reconociendo cuán diferentes debían ser las condiciones del hombre de Estado de las del demagogo; cuánta distancia hay entre promover una revolución, y practicar bien el gobierno de un país, agrega: “Pero hoy, señores, hoy, no inebriados con la triste realidad, no podemos tener esos transportes, debien- do contentarnos con la fría experien- cia y el tacto del hombre político.”

Pues esta experiencia, este tacto político que de la experiencia procede, es claro que no puede tenerlos el que no tiene experiencia ninguna, porque nunca ha gobernado. Y menos tendrá esa experiencia, fría que habla Castelar, que la que además de no tener experiencia ninguna, entra en las regiones del poder inflamado con el fuego de las pasiones políticas, obcecado por el fanático espíritu de sistema, y á menudo ardiente en deseos de trastorno y venganza.

Este es lo que por lo común hace que las revoluciones ocasionen trastornos y males mucho mayores que los que sus iniciadores se habían propuesto.

La casi bancarrota actual de nuestra Hacienda, el enorme aumento de ochocientos millones de pesetas en nuestra deuda nacional en el corto período que ha transcurrido desde que resonó en la bahía de Cádiz el mentido y humillante grito de “España con honra”, como España hubiese sido jamás una nación dehonrada — esos desfilamios inauditos que han traído como consecuencia precisa esa casi bancarrota, y ese pavoroso incremento en nuestra deuda nacional, ¿qué otro origen reconocen más que la supina ignorancia y absoluta ineptitud de casi todos los ministros de Hacienda que por azote de nuestra desgraciada y sorprendida patria hemos tenido dos de ellos?

Y esa situación espantosa por donde actualmente atravesamos, ¿no ha sido el resultado de la falta de experiencia, de tacto y de conocimientos, y hasta de la más completa incompetencia, en la mayor parte de los hombres que por desgracia nuestra nos han gobernado durante este período?

Al ministerio de Ultramar le llegó por desgracia su peor turno cuando entró á desempeñar el médico Suñer y Capdevila. Este señor será tal vez un buen médico; no lo sabemos; pero, ¿qué experiencia de gobierno, qué tacto político ha de tener, qué conocimientos profundos en ningún ramo de administración ha de poseer, el hombre que en pleno Parlamento se ha factado de haber pasado toda su vida en hacer la guerra á Dios y á la tísia? Si en esta ha pasado la vida el Sr. Suñer como el mismo afirma, ¿será en esto muy hábil, y el día en que tengamos que declarar la guerra á Dios ó á la tísia, ¿quién desempeñará un gran papel como general, y aun tal vez como ministro de esta guerra regular; pero el buen desempeño de la cartera de Ultramar exige otra clase de experiencia, de tacto y de conocimientos. Pues qué tan despreciables son á los ojos de ciertos gentes, las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; tan indignos somos de toda consideración los que las habita- mos, los que con nuestros constantes sudores las hemos elevado al estado envidiable en que la revolución de este tiempo las ha encontrado, y que con nuestros esfuerzos y nuestra sangre las hemos defendido de los alevés ene-

migos que han intentado arrancárselas á nuestra patria; tan insignificantes son estas islas, tan despreciables como nosotros que merezcamos que, cual *anima vilis*, se nos entregue en manos de ese desatentado médico, para que después de haber pasado su vida en hacer la guerra á Dios y á la tísia, se encuentre ahora en hacer sobre nosotros el ensayo de sus desgraciadas pócimas y de sus disparatadas operaciones?

Pues esto y no más son los mal calculados decretos expedidos por este señor durante su breve pero infame ministerio, uno referente á hacer exten- sivos á Cuba y Puerto Rico los derechos consagrados en el título 1.º de la Cons titución de 1809, y el otro mandando que se devolvieran inmediatamente á los influyentes los bienes que se les habían embargado.

Sobre este último decreto, hé aquí como se expresa un periódico de Madrid:

“Hoy, en la misma Gaceta en que aparece la noticia horrible del Sr. Ministro de Estado, relativa á que puede leerse sin sentir frío en los huesos al estudio de las cuestiones abstractas de derecho, las cuales, presentadas de esta ó de aquella manera, son las que entusiasman á las muchedumbres y las lanzan á la lucha armada contra los poderes existentes. Esto es precisamente lo que anunciaba Castelar en su célebre discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes el día 8 del mes pasado. Hé aquí sus palabras:

“Cuando propagábamos y extendíamos nuestras ideas, hora era de hacer los esfuerzos imaginables para ser oradores y artistas. Entonces levan- tábamos... el ideal purismo de la libertad y la igualdad, y era hábil de los oradores, el entusiasmo. Y luego, reconociendo cuán diferentes debían ser las condiciones del hombre de Estado de las del demagogo; cuánta distancia hay entre promover una revolución, y practicar bien el gobierno de un país, agrega: “Pero hoy, señores, hoy, no inebriados con la triste realidad, no podemos tener esos transportes, debien- do contentarnos con la fría experien- cia y el tacto del hombre político.”

Pues esta experiencia, este tacto político que de la experiencia procede, es claro que no puede tenerlos el que no tiene experiencia ninguna, porque nunca ha gobernado. Y menos tendrá esa experiencia, fría que habla Castelar, que la que además de no tener experiencia ninguna, entra en las regiones del poder inflamado con el fuego de las pasiones políticas, obcecado por el fanático espíritu de sistema, y á menudo ardiente en deseos de trastorno y venganza.

Este es lo que por lo común hace que las revoluciones ocasionen trastornos y males mucho mayores que los que sus iniciadores se habían propuesto.

La casi bancarrota actual de nuestra Hacienda, el enorme aumento de ochocientos millones de pesetas en nuestra deuda nacional en el corto período que ha transcurrido desde que resonó en la bahía de Cádiz el mentido y humillante grito de “España con honra”, como España hubiese sido jamás una nación dehonrada — esos desfilamios inauditos que han traído como consecuencia precisa esa casi bancarrota, y ese pavoroso incremento en nuestra deuda nacional, ¿qué otro origen reconocen más que la supina ignorancia y absoluta ineptitud de casi todos los ministros de Hacienda que por azote de nuestra desgraciada y sorprendida patria hemos tenido dos de ellos?

madeo entretenimiento insustancial para distraer bobos, ó medio de probar que se puede hacer mucho ruido moviendo un saco de nueces. ¿Panta facienda, tanta osadía de lenguaje, tanta presun- ción, tanto tratar á los demás como á nosotros, para denotar que no se tiene resultado á vender vino de Bardeos por elixir de larga vida, cual lo hacía el Dr. Dulcamara! Siempre habíamos temido que *La Legalidad* era una broma pe- riodística, pero no pensábamos que hubie- ra descubierto tan pronto la orja. ¡Francamente, nos ha de dispensar el oído que nos regocijemos un poco con el bromazo que han corrido los suscritores que tomaron por el título de la Cons titución de 1809, y el otro mandando que se devolvieran inmediatamente á los influyentes los bienes que se les habían embargado.

Sobre este último decreto, hé aquí como se expresa un periódico de Madrid:

“Hoy, en la misma Gaceta en que aparece la noticia horrible del Sr. Ministro de Estado, relativa á que puede leerse sin sentir frío en los huesos al estudio de las cuestiones abstractas de derecho, las cuales, presentadas de esta ó de aquella manera, son las que entusiasman á las muchedumbres y las lanzan á la lucha armada contra los poderes existentes. Esto es precisamente lo que anunciaba Castelar en su célebre discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes el día 8 del mes pasado. Hé aquí sus palabras:

“Cuando propagábamos y extendíamos nuestras ideas, hora era de hacer los esfuerzos imaginables para ser oradores y artistas. Entonces levan- tábamos... el ideal purismo de la libertad y la igualdad, y era hábil de los oradores, el entusiasmo. Y luego, reconociendo cuán diferentes debían ser las condiciones del hombre de Estado de las del demagogo; cuánta distancia hay entre promover una revolución, y practicar bien el gobierno de un país, agrega: “Pero hoy, señores, hoy, no inebriados con la triste realidad, no podemos tener esos transportes, debien- do contentarnos con la fría experien- cia y el tacto del hombre político.”

Pues esta experiencia, este tacto político que de la experiencia procede, es claro que no puede tenerlos el que no tiene experiencia ninguna, porque nunca ha gobernado. Y menos tendrá esa experiencia, fría que habla Castelar, que la que además de no tener experiencia ninguna, entra en las regiones del poder inflamado con el fuego de las pasiones políticas, obcecado por el fanático espíritu de sistema, y á menudo ardiente en deseos de trastorno y venganza.

Este es lo que por lo común hace que las revoluciones ocasionen trastornos y males mucho mayores que los que sus iniciadores se habían propuesto.

La casi bancarrota actual de nuestra Hacienda, el enorme aumento de ochocientos millones de pesetas en nuestra deuda nacional en el corto período que ha transcurrido desde que resonó en la bahía de Cádiz el mentido y humillante grito de “España con honra”, como España hubiese sido jamás una nación dehonrada — esos desfilamios inauditos que han traído como consecuencia precisa esa casi bancarrota, y ese pavoroso incremento en nuestra deuda nacional, ¿qué otro origen reconocen más que la supina ignorancia y absoluta ineptitud de casi todos los ministros de Hacienda que por azote de nuestra desgraciada y sorprendida patria hemos tenido dos de ellos?

Y esa situación espantosa por donde actualmente atravesamos, ¿no ha sido el resultado de la falta de experiencia, de tacto y de conocimientos, y hasta de la más completa incompetencia, en la mayor parte de los hombres que por desgracia nuestra nos han gobernado durante este período?

Al ministerio de Ultramar le llegó por desgracia su peor turno cuando entró á desempeñar el médico Suñer y Capdevila. Este señor será tal vez un buen médico; no lo sabemos; pero, ¿qué experiencia de gobierno, qué tacto político ha de tener, qué conocimientos profundos en ningún ramo de administración ha de poseer, el hombre que en pleno Parlamento se ha factado de haber pasado toda su vida en hacer la guerra á Dios y á la tísia? Si en esta ha pasado la vida el Sr. Suñer como el mismo afirma, ¿será en esto muy hábil, y el día en que tengamos que declarar la guerra á Dios ó á la tísia, ¿quién desempeñará un gran papel como general, y aun tal vez como ministro de esta guerra regular; pero el buen desempeño de la cartera de Ultramar exige otra clase de experiencia, de tacto y de conocimientos. Pues qué tan despreciables son á los ojos de ciertos gentes, las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; tan indignos somos de toda consideración los que las habita- mos, los que con nuestros constantes sudores las hemos elevado al estado envidiable en que la revolución de este tiempo las ha encontrado, y que con nuestros esfuerzos y nuestra sangre las hemos defendido de los alevés ene-

migos que han intentado arrancárselas á nuestra patria; tan insignificantes son estas islas, tan despreciables como nosotros que merezcamos que, cual *anima vilis*, se nos entregue en manos de ese desatentado médico, para que después de haber pasado su vida en hacer la guerra á Dios y á la tísia, se encuentre ahora en hacer sobre nosotros el ensayo de sus desgraciadas pócimas y de sus disparatadas operaciones?

Pues esto y no más son los mal calculados decretos expedidos por este señor durante su breve pero infame ministerio, uno referente á hacer exten- sivos á Cuba y Puerto Rico los derechos consagrados en el título 1.º de la Cons titución de 1809, y el otro mandando que se devolvieran inmediatamente á los influyentes los bienes que se les habían embargado.

Sobre este último decreto, hé aquí como se expresa un periódico de Madrid:

“Hoy, en la misma Gaceta en que aparece la noticia horrible del Sr. Ministro de Estado, relativa á que puede leerse sin sentir frío en los huesos al estudio de las cuestiones abstractas de derecho, las cuales, presentadas de esta ó de aquella manera, son las que entusiasman á las muchedumbres y las lanzan á la lucha armada contra los poderes existentes. Esto es precisamente lo que anunciaba Castelar en su célebre discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes el día 8 del mes pasado. Hé aquí sus palabras:

“Cuando propagábamos y extendíamos nuestras ideas, hora era de hacer los esfuerzos imaginables para ser oradores y artistas. Entonces levan- tábamos... el ideal purismo de la libertad y la igualdad, y era hábil de los oradores, el entusiasmo. Y luego, reconociendo cuán diferentes debían ser las condiciones del hombre de Estado de las del demagogo; cuánta distancia hay entre promover una revolución, y practicar bien el gobierno de un país, agrega: “Pero hoy, señores, hoy, no inebriados con la triste realidad, no podemos tener esos transportes, debien- do contentarnos con la fría experien- cia y el tacto del hombre político.”

Pues esta experiencia, este tacto político que de la experiencia procede, es claro que no puede tenerlos el que no tiene experiencia ninguna, porque nunca ha gobernado. Y menos tendrá esa experiencia, fría que habla Castelar, que la que además de no tener experiencia ninguna, entra en las regiones del poder inflamado con el fuego de las pasiones políticas, obcecado por el fanático espíritu de sistema, y á menudo ardiente en deseos de trastorno y venganza.

Este es lo que por lo común hace que las revoluciones ocasionen trastornos y males mucho mayores que los que sus iniciadores se habían propuesto.

lo, y de atenderse á semejantes bromas, aún se elevaría mucho más. Natural- mente, para saldar una deuda no hay como pagarla; pero si para ello se echa mano de cualquier medio, tal vez se pusiera el que así obrara en el caso de merecer una calificación algo peor. Además, ¿se vuelve acaso *La Legalidad* socialista que ya pretende im- poner gravámenes sobre el capital? ¿Ignora acaso que impuesto sobre el capital es sinónimo de disminución de productos en progresión verdaderamen- te geométrica? ¿No sabe que dadas las condiciones actuales de la Isla, si semejante impuesto tratara de aplicarse, vendría á quedar reducido sobre la riqueza territorial del Departamento Oc- cidental, por la condición especial en que han puesto los otros dos los absur- dos que los neo-reformadores predica- ron en otros tiempos? Y, en fin, ¿puede concebirse sino en broma que se haga pagar una deuda al no la ha con- siderado? Si semejante absurdo pudiera tomarse por lo serio, no habría más que medio que recoger, no la moral demorá- tica, y francamente, no podemos con- templan en perfecta actitud de reforma, sus Estatutos y cumplir sus obligaciones como un instituto particular, sin entorpecimiento y dilación de complicadas liquidaciones. Hé aquí un párrafo que si literariamente considerado es al- go débil, en cambio bajo el punto de vista racional es un verdadero desbarba- nte. ¿Qué diantres le habrá hecho el Banco á *La Legalidad*, para que en cuanto se ocupa de aquel se le olvide no ya la lógica y la moral, sino hasta las reglas gramaticales de composición y la sintaxis? Es decir que sin esperar á que cuando menos se le pague al Ban- co lo que se le debe por el Estado, (y no por la provincia) y por la Municipa- lidad de la Habana, ¿se le ha de obligar á lo que no hay medio humano de obligarlo? En dónde está la moral ni la lógica de semejante despojo? ¿A po- día diferenciar venimos á parar á la ar- gumentación del *sic rolo, sic iudex*, *sic pro ratione voluntas*. Verdaderamente, ¿la posibilidad de obrar así, ¿pa- ra que son necesarias las liquidaciones como entorpecimiento y dilación? Y si, en cambio, nada de entorpecimiento y dilación; ¿muera el Banco y vi- va *La Legalidad*; y si semejante resulta- do fuese posible, ¿entonces sí que sería ocasión de decir que hubo un tiempo en que en garantía de la deuda, el hijo de la península española dejó en pre- da la mitad de su bigote, y los presta- ristas la consideraron suficiente; mas en tiempos posteriores, no faltaron hijos de la misma península que creyeron que la mejor garantía que podía concederse á un acreedor, era matarle.

Hemos examinado, aunque somera- mente, la broma gastada por *La Legalidad* con sus lectores, á propósito de la solución de la crisis económica; y res- pecto á la cuarta parte de aquel edi- torial, verdadero sermón de desagravio, no lo diremos más, sino que no pase cuidado por el orden, ni por lo que se- cundará; pues si alguno se atreve á perturbarlo, todavía hay bastante en- ergía en las autoridades y bastante patriotismo en los españoles, para que no puedan tener lugar aquí aconteci- mientos como los de Alcoy, Málaga y otros puntos de la Península. — T.

Conque, lo primero que hay que hacer para restablecer el estado finan- ciero de la Isla, es acapararla de arriar- na. Vamos, que esto no lo ocurre ni al mismo Luperón. Lo primero de lo primero es poner al Tesoro en condición de poder amortizar la Deuda; y según parece, el Tesoro no la ha contri- buido para nada, al menos que lo ha- da de la deuda provincial la originada por las guerras de Méjico y Santo Domingo, es decir, que se encuentra lógico, moral y exacto, que haciendo uno gastos hasta estúpidos, se obligue á pagarlos á otro que no ha demostrado ninguna ga- na de hacerlos; y si algo ha demostrado, ha sido repugnancia á ello. No se enoje nuestro contrincante, si seme- jante modo de resolver una cuestión lo tomamos como una broma, pues nos es hasta imposible comprender de otra manera semejante salida por parte de quien, por otro lado, demuestra tener una inteligencia muy regular. ¿Qué ha tenido Cuba que en ver que haya habido gobiernos en España que hayan cometido errores económicos y políti- cos? Es decir, que si la guerra del Pacifico ó la de Cochinchina hubieran tenido por teatro el mar de las Antillas, también debían pagarlos los españoles de aquí, á los que no se ha de hacer la guerra de aquí, y los que los canales no habían de obtener la menor ventaja. Y aún no es lo más raro que se preten- da hacer gravitar sobre la Isla esa den- da nacional exclusivamente, sino que para pagarla no encuentre mejor medio que un impuesto de no ó cuando menos de medio por ciento sobre el capital de la riqueza de este país, y aún este pa- gadero en oro, lo cual viene á duplicar-

lo, y de atenderse á semejantes bromas, aún se elevaría mucho más. Natural- mente, para saldar una deuda no hay como pagarla; pero si para ello se echa mano de cualquier medio, tal vez se pusiera el que así obrara en el caso de merecer una calificación algo peor. Además, ¿se vuelve acaso *La Legalidad* socialista que ya pretende im- poner gravámenes sobre el capital? ¿Ignora acaso que impuesto sobre el capital es sinónimo de disminución de productos en progresión verdaderamen- te geométrica? ¿No sabe que dadas las condiciones actuales de la Isla, si semejante impuesto tratara de aplicarse, vendría á quedar reducido sobre la riqueza territorial del Departamento Oc- cidental, por la condición especial en que han puesto los otros dos los absur- dos que los neo-reformadores predica- ron en otros tiempos? Y, en fin, ¿puede concebirse sino en broma que se haga pagar una deuda al no la ha con- siderado? Si semejante absurdo pudiera tomarse por lo serio, no habría más que medio que recoger, no la moral demorá- tica, y francamente, no podemos con- templan en perfecta actitud de reforma, sus Estatutos y cumplir sus obligaciones como un instituto particular, sin entorpecimiento y dilación de complicadas liquidaciones. Hé aquí un párrafo que si literariamente considerado es al- go débil, en cambio bajo el punto de vista racional es un verdadero desbarba- nte. ¿Qué diantres le habrá hecho el Banco á *La Legalidad*, para que en cuanto se ocupa de aquel se le olvide no ya la lógica y la moral, sino hasta las reglas gramaticales de composición y la sintaxis? Es decir que sin esperar á que cuando menos se le pague al Ban- co lo que se le debe por el Estado, (y no por la provincia) y por la Municipa- lidad de la Habana, ¿se le ha de obligar á lo que no hay medio humano de obligarlo? En dónde está la moral ni la lógica de semejante despojo? ¿A po- día diferenciar venimos á parar á la ar- gumentación del *sic rolo, sic iudex*, *sic pro ratione voluntas*. Verdaderamente, ¿la posibilidad de obrar así, ¿pa- ra que son necesarias las liquidaciones como entorpecimiento y dilación? Y si, en cambio, nada de entorpecimiento y dilación; ¿muera el Banco y vi- va *La Legalidad*; y si semejante resulta- do fuese posible, ¿entonces sí que sería ocasión de decir que hubo un tiempo en que en garantía de la deuda, el hijo de la península española dejó en pre- da la mitad de su bigote, y los presta- ristas la consideraron suficiente; mas en tiempos posteriores, no faltaron hijos de la misma península que creyeron que la mejor garantía que podía concederse á un acreedor, era matarle.

Hemos examinado, aunque somera- mente, la broma gastada por *La Legalidad* con sus lectores, á propósito de la solución de la crisis económica; y res- pecto á la cuarta parte de aquel edi- torial, verdadero sermón de desagravio, no lo diremos más, sino que no pase cuidado por el orden, ni por lo que se- cundará; pues si alguno se atreve á perturbarlo, todavía hay bastante en- ergía en las autoridades y bastante patriotismo en los españoles, para que no puedan tener lugar aquí aconteci- mientos como los de Alcoy, Málaga y otros puntos de la Península. — T.

Conque, lo primero que hay que hacer para restablecer el estado finan- ciero de la Isla, es acapararla de arriar- na. Vamos, que esto no lo ocurre ni al mismo Luperón. Lo primero de lo primero es poner al Tesoro en condición de poder amortizar la Deuda; y según parece, el Tesoro no la ha contri- buido para nada, al menos que lo ha- da de la deuda provincial la originada por las guerras de Méjico y Santo Domingo, es decir, que se encuentra lógico, moral y exacto, que haciendo uno gastos hasta estúpidos, se obligue á pagarlos á otro que no ha demostrado ninguna ga- na de hacerlos; y si algo ha demostrado, ha sido repugnancia á ello. No se enoje nuestro contrincante, si seme- jante modo de resolver una cuestión lo tomamos como una broma, pues nos es hasta imposible comprender de otra manera semejante salida por parte de quien, por otro lado, demuestra tener una inteligencia muy regular. ¿Qué ha tenido Cuba que en ver que haya habido gobiernos en España que hayan cometido errores económicos y políti- cos? Es decir, que si la guerra del Pacifico ó la de Cochinchina hubieran tenido por teatro el mar de las Antillas, también debían pagarlos los españoles de aquí, á los que no se ha de hacer la guerra de aquí, y los que los canales no habían de obtener la menor ventaja. Y aún no es lo más raro que se preten- da hacer gravitar sobre la Isla esa den- da nacional exclusivamente, sino que para pagarla no encuentre mejor medio que un impuesto de no ó cuando menos de medio por ciento sobre el capital de la riqueza de este país, y aún este pa- gadero en oro, lo cual viene á duplicar-

lo, y de atenderse á semejantes bromas, aún se elevaría mucho más. Natural- mente, para saldar una deuda no hay como pagarla; pero si para ello se echa mano de cualquier medio, tal vez se pusiera el que así obrara en el caso de merecer una calificación algo peor. Además, ¿se vuelve acaso *La Legalidad* socialista que ya pretende im- poner gravámenes sobre el capital? ¿Ignora acaso que impuesto sobre el capital es sinónimo de disminución de productos en progresión verdaderamen- te geométrica? ¿No sabe que dadas las condiciones actuales de la Isla, si semejante impuesto tratara de aplicarse, vendría á quedar reducido sobre la riqueza territorial del Departamento Oc- cidental, por la condición especial en que han puesto los otros dos los absur- dos que los neo-reformadores predica- ron en otros tiempos? Y, en fin, ¿puede concebirse sino en broma que se haga pagar una deuda al no la ha con- siderado? Si semejante absurdo pudiera tomarse por lo serio, no habría más que medio que recoger, no la moral demorá- tica, y francamente, no podemos con- templan en perfecta actitud de reforma, sus Estatutos y cumplir sus obligaciones como un instituto particular, sin entorpecimiento y dilación de complicadas liquidaciones. Hé aquí un párrafo que si literariamente considerado es al- go débil, en cambio bajo el punto de vista racional es un verdadero desbarba- nte. ¿Qué diantres le habrá hecho el Banco á *La Legalidad*, para que en cuanto se ocupa de aquel se le olvide no ya la lógica y la moral, sino hasta las reglas gramaticales de composición y la sintaxis? Es decir que sin esperar á que cuando menos se le pague al Ban- co lo que se le debe por el Estado, (y no por la provincia) y por la Municipa- lidad de la Habana, ¿se le ha de obligar á lo que no hay medio humano de obligarlo? En dónde está la moral ni la lógica de semejante despojo? ¿A po- día diferenciar venimos á parar á la ar- gumentación del *sic rolo, sic iudex*, *sic pro ratione voluntas*. Verdaderamente, ¿la posibilidad de obrar así, ¿pa- ra que son necesarias las liquidaciones como entorpecimiento y dilación? Y si, en cambio, nada de entorpecimiento y dilación; ¿muera el Banco y vi- va *La Legalidad*; y si semejante resulta- do fuese posible, ¿entonces sí que sería ocasión de decir que hubo un tiempo en que en garantía de la deuda, el hijo de la península española dejó en pre- da la mitad de su bigote, y los presta- ristas la consideraron suficiente; mas en tiempos posteriores, no faltaron hijos de la misma península que creyeron que la mejor garantía que podía concederse á un acreedor, era matarle.

Hemos examinado, aunque somera- mente, la broma gastada por *La Legalidad* con sus lectores, á propósito de la solución de la crisis económica; y res- pecto á la cuarta parte de aquel edi- torial, verdadero sermón de desagravio, no lo diremos más, sino que no pase cuidado por el orden, ni por lo que se- cundará; pues si alguno se atreve á perturbarlo, todavía hay bastante en- ergía en las autoridades y bastante patriotismo en los españoles, para que no puedan tener lugar aquí aconteci- mientos como los de Alcoy, Málaga y otros puntos de la Península. — T.

Conque, lo primero que hay que hacer para restablecer el estado finan- ciero de la Isla, es acapararla de arriar- na. Vamos, que esto no lo ocurre ni al mismo Luperón. Lo primero de lo primero es poner al Tesoro en condición de poder amortizar la Deuda; y según parece, el Tesoro no la ha contri- buido para nada, al menos que lo ha- da de la deuda provincial la originada por las guerras de Méjico y Santo Domingo, es decir, que se encuentra lógico, moral y exacto, que haciendo uno gastos hasta estúpidos, se obligue á pagarlos á otro que no ha demostrado ninguna ga- na de hacerlos; y si algo ha demostrado, ha sido repugnancia á ello. No se enoje nuestro contrincante, si seme- jante modo de resolver una cuestión lo tomamos como una broma, pues nos es hasta imposible comprender de otra manera semejante salida por parte de quien, por otro lado, demuestra tener una inteligencia muy regular. ¿Qué ha tenido Cuba que en ver que haya habido gobiernos en España que hayan cometido errores económicos y políti- cos? Es decir, que si la guerra del Pacifico ó la de Cochinchina hubieran tenido por teatro el mar de las Antillas, también debían pagarlos los españoles de aquí, á los que no se ha de hacer la guerra de aquí, y los que los canales no habían de obtener la menor ventaja. Y aún no es lo más raro que se preten- da hacer gravitar sobre la Isla esa den- da nacional exclusivamente, sino que para pagarla no encuentre mejor medio que un impuesto de no ó cuando menos de medio por ciento sobre el capital de la riqueza de este país, y aún este pa- gadero en oro, lo cual viene á duplicar-

lo, y de atenderse á semejantes bromas, aún se elevaría mucho más. Natural- mente, para saldar una deuda no hay como pagarla; pero si para ello se echa mano de cualquier medio, tal vez se pusiera el que así obrara en el caso de merecer una calificación algo peor. Además, ¿se vuelve acaso *La Legalidad* socialista que ya pretende im- poner gravámenes sobre el capital? ¿Ignora acaso que impuesto sobre el capital es sinónimo de disminución de productos en progresión verdaderamen- te geométrica? ¿No sabe que dadas las condiciones actuales de la Isla, si semejante impuesto tratara de aplicarse, vendría á quedar reducido sobre la riqueza territorial del Departamento Oc- cidental, por la condición especial en que han puesto los otros dos los absur- dos que los neo-reformadores predica- ron en otros tiempos? Y, en fin, ¿puede concebirse sino en broma que se haga pagar una deuda al no la ha con- siderado? Si semejante absurdo pudiera tomarse por lo serio, no habría más que medio que recoger, no la moral demorá- tica, y francamente, no podemos con- templan en perfecta actitud de reforma, sus Estatutos y cumplir sus obligaciones como un instituto particular, sin entorpecimiento y dilación de complicadas liquidaciones. Hé aquí un párrafo que si literariamente considerado es al- go débil, en cambio bajo el punto de vista racional es un verdadero desbarba- nte. ¿Qué diantres le habrá hecho el Banco á *La Legalidad*, para que en cuanto se ocupa de aquel se le olvide no ya la lógica y la moral, sino hasta las reglas gramaticales de composición y la sintaxis? Es decir que sin esperar á que cuando menos se le pague al Ban- co lo que se le debe por el Estado, (y no por la provincia) y por la Municipa- lidad de la Habana, ¿se le ha de obligar á lo que no hay medio humano de obligarlo? En dónde está la moral ni la lógica de semejante despojo? ¿A po- día diferenciar venimos á parar á la ar- gumentación del *sic rolo, sic iudex*, *sic pro ratione voluntas*. Verdaderamente, ¿la posibilidad de obrar así, ¿pa- ra que son necesarias las liquidaciones como entorpecimiento y dilación? Y si, en cambio, nada de entorpecimiento y dilación; ¿muera el Banco y vi- va *La Legalidad*; y si semejante resulta- do fuese posible, ¿entonces sí que sería ocasión de decir que hubo un tiempo en que en garantía de la deuda, el hijo de la península española dejó en pre- da la mitad de su bigote, y los presta- ristas la consideraron suficiente; mas en tiempos posteriores, no faltaron hijos de la misma península que creyeron que la mejor garantía que podía concederse á un acreedor, era matarle.

Hemos examinado, aunque somera- mente, la broma gastada por *La Legalidad* con sus lectores, á propósito de la solución de la crisis económica; y res- pecto á la cuarta parte de aquel edi- torial, verdadero sermón de desagravio, no lo diremos más, sino que no pase cuidado por el orden, ni por lo que se- cundará; pues si alguno se atreve á perturbarlo, todavía hay bastante en- ergía en las autoridades y bastante patriotismo en los españoles, para que no puedan tener lugar aquí aconteci- mientos como los de Alcoy, Málaga y otros puntos de la Península. — T.

Conque, lo primero que hay que hacer para restablecer el estado finan- ciero de la Isla, es acapararla de arriar- na. Vamos, que esto no lo ocurre ni al mismo Luperón. Lo primero de lo primero es poner al Tesoro en condición de poder amortizar la Deuda; y según parece, el Tesoro no la ha contri- buido para nada, al menos que lo ha- da de la deuda provincial la originada por las guerras de Méjico y Santo Domingo, es decir, que se encuentra lógico, moral y exacto, que haciendo uno gastos hasta estúpidos, se obligue á pagarlos á otro que no ha demostrado ninguna ga- na de hacerlos; y si algo ha demostrado, ha sido repugnancia á ello. No se enoje nuestro contrincante, si seme- jante modo de resolver una cuestión lo tomamos como una broma, pues nos es hasta imposible comprender de otra manera semejante salida por parte de quien, por otro lado, demuestra tener una inteligencia muy regular. ¿Qué ha tenido Cuba que en ver que haya habido gobiernos en España que hayan cometido errores económicos y políti- cos? Es decir, que si la guerra del Pacifico ó la de Cochinchina hubieran tenido por teatro el mar de las Antillas, también debían pagarlos los españoles de aquí, á los que no se ha de hacer la guerra de aquí, y los que los canales no habían de obtener la menor ventaja. Y aún no es lo más raro que se preten- da hacer gravitar sobre la Isla esa den- da nacional exclusivamente, sino que para pagarla no encuentre mejor medio que un impuesto de no ó cuando menos de medio por ciento sobre el capital de la riqueza de este país, y aún este pa- gadero en oro, lo cual viene á duplicar-

lo, y de atenderse á semejantes bromas, aún se elevaría mucho más. Natural- mente, para saldar una deuda no hay como pagarla; pero si para ello se echa mano de cualquier medio, tal vez se pusiera el que así obrara en el caso de merecer una calificación algo peor. Además, ¿se vuelve acaso *La Legalidad* socialista que ya pretende im- poner gravámenes sobre el capital? ¿Ignora acaso que impuesto sobre el capital es sinónimo de disminución de productos en progresión verdaderamen- te geométrica? ¿No sabe que dadas las condiciones actuales de la Isla, si semejante impuesto tratara de aplicarse, vendría á quedar reducido sobre la riqueza territorial del Departamento Oc- cidental, por la condición especial en que han puesto los otros dos los absur- dos que los neo-reformadores predica- ron en otros tiempos? Y, en fin, ¿puede concebirse sino en broma que se haga pagar una deuda al no la ha con- siderado? Si semejante absurdo pudiera tomarse por lo serio, no habría más que medio que recoger, no la moral demorá- tica, y francamente, no podemos con- templan en perfecta actitud de reforma, sus Estatutos y cumplir sus obligaciones como un instituto particular, sin entorpecimiento y dilación de complicadas liquidaciones. Hé aquí un párrafo que si literariamente considerado es al- go débil, en cambio bajo el punto de vista racional es un verdadero desbarba- nte. ¿Qué diantres le habrá hecho el Banco á *La Legalidad*, para que en cuanto se ocupa de aquel se le olvide no ya la lógica y la moral, sino hasta las reglas gramaticales de composición y la sintaxis? Es decir que sin esperar á que cuando menos se le pague al Ban- co lo que se le debe por el Estado, (y no por la provincia) y por la Municipa- lidad de la Habana, ¿se le ha de obligar á lo que no hay medio humano de obligarlo? En dónde está la moral ni la lógica de semejante despojo? ¿A po- día diferenciar venimos á parar á la ar- gumentación del *sic rolo, sic iudex*, *sic pro ratione voluntas*. Verdaderamente, ¿la posibilidad de obrar así, ¿pa- ra que son necesarias las liquidaciones como entorpecimiento y dilación? Y si, en cambio, nada de entorpecimiento y dilación; ¿muera el Banco y vi- va *La Legalidad*; y si semejante resulta- do fuese posible, ¿entonces sí que sería ocasión de decir que hubo un tiempo en que en garantía de la deuda, el hijo de la península española dejó en pre- da la mitad de su bigote, y los presta- ristas la consideraron suficiente; mas en tiempos posteriores, no faltaron hijos de la misma península que creyeron que la mejor garantía que podía concederse á un acreedor, era matarle.

Hemos examinado, aunque somera- mente, la broma gastada por *La Legalidad* con sus lectores, á propósito de la solución de la crisis económica; y res- pecto á la cuarta parte de aquel edi- torial, verdadero sermón de desagravio, no lo diremos más, sino que no pase cuidado por el orden, ni por lo que se- cundará; pues si alguno se atreve á perturbarlo, todavía hay bastante en- ergía en las autoridades y bastante patriotismo en los españoles, para que no puedan tener lugar aquí aconteci- mientos como los de Alcoy, Málaga y otros puntos de la Península. — T.



**ACITA** á  
 cada ciudad para poner á  
 su gusto caballar. Im-  
 prime en un 2to.  
 bds-00 ta  
**salud y buena**  
 para acompañar á otra y  
 á todas horas del día cu-  
 rioso y Revellingredo.  
 3 rs

**O.**  
 estanción de dos á tres  
 y buena aguada,  
 Habana, ó bien por la  
 de un ferrocarril,  
 zar con las indicadas F. G.  
 4 rs

**platero.**  
 postrema, pagándose á  
 Brillante. 4 1/2 rs

**AS.**  
**Il del cor-**  
 que contenía dentro  
 billetes del Banco Es-  
 que los haya encontrado  
 autor de este periódico

**IMALES.**  
**Callo ameri-**  
 idro 82,      4 9  
**José Rodríguez**  
 le renta cuatro her-  
 es por monte. Impon-  
 eamiento Key 12, equi-  
                     8 12  
**e chiva con su**  
 da de San Lázaro 19  
                     4-0

---

**BLECIMENTOS**  
  
**DE**  
 el villazgo de n. 99. En  
 de tratar de su alus-  
 e victorias de lo mejor  
 cuatro asientos, solo  
 cuatro ocasiones que se ha  
 del salir. Para ma-  
 ñanas, y de cua-  
                     4 bag  
**su del Monte,**  
 a modo para una di-  
 nuso solar para siem-  
 ras en el caso de no  
 Calinda de Jesús  
                     69

---

**EN**  
 a y srota caile de  
 y, yira idem de  
 n. 15, yira odrón  
                     21,      25

---

**EN**  
 a calzada de Cristina  
 se producen el dos  
                     49

La Lealtad equina  
diciere magnifico ni-  
y teja, situada en la  
entre las calles de  
de frente por 22 a  
formarán. 8 pp 11

C  
aderos. Calle de la  
C', darán razón.  
Sudby

**rajudicial**  
—ende la casa oñe-  
Hercio, pasando al  
septimo n. 19 in-  
4.15

**ES.**  
una victo-  
1917  
bispo 67,  
an una entous-  
830  
**OTORIA**  
—Tambien un ca-  
8-21

**B ES.**  
**ESAS**  
hierro. Café de  
30 Sags  
UTE

**AD,**  
**muebles.**  
*Prado y Muralla.*  
 establecimiento de  
 artículo de muebles  
 alquilar y ven-  
 der. 1 m 17½

---

**ASAS.**  
**asa quinta**  
 do del paradero.  
 1 m. 19½

---

**JO.**  
 quella una buena  
 muruán. 429

---

**A**  
 de tierra, situada  
 se vende todas las  
 a la taverna, exce-  
 dendo una casa de  
 dilatada familia.  
 639g

---

ena calle de la  
 rito. En la misma  
 calle de la  
 cala proreio  
 calle de Mercaderes  
 15-9

es de las ha-  
pedido por  
consigo lle-  
lo que la de-  
sistie que  
achar contra  
que llevaba,  
ros al saltar  
runos; pero  
la gente que  
por el cami-  
y anel to to-  
mas fuerte  
hora de vis-  
ujeron cie-  
y dijeron al  
fuese y les  
no le hi-  
respondió  
al ni daño,  
que sapie-  
ñores á los  
er vasa-  
V. M.  
ocer a (4)  
y ellos res-  
si; pero to-  
ansi queda-  
ad, les dijo  
ábamos con  
ado de las

respondieron  
aron aquel  
a, y de esta  
le manteni-  
afios licen-



